

pecialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sabios le consultaban para oír su parecer; siendo éste tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la Universidad de México, al saber la muerte de nuestro fraile, exclamó:—¡Focher es muerto, pues todos quedamos en tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, faltaríamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardián del convento de Santiago, del historiador de México, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los "Veintiún libros rituales y Monarquía Indiana."

V.

Fray Juan de Torquemada

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razón, negó en su "Menologio franciscano" un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da, se reduce á que fué hijo de la provincia del Santo Evangelio, y su cronista;

que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastián de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar, respecto de la cual añade que se valió para formarla, de los muchos escritos de los más antiguos padres, y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado "Historia eclesiástica indiana," que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista, y de ahí las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicación siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la orden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no sólo se contentó con ese desdén, sino que obrando con la mayor injusticia, no ha dudado callar un hecho que fué, sin duda, reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada; queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo éste en la erección de la actual iglesia de Santiago Tlaltelolco: atribuyendo su émulo toda la gloria de ese hecho al P. Fr. Juan Bautista, siendo así que no hizo más que sacar de cimientos el edificio, el cual fué levantado hasta cerrarlo con bóvedas, por el autor

de la Monarquía Indiana. Dirigió él, igualmente, la obra del retablo principal, y—oigamos cómo se expresa:—"sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo sólo, que para haber de salir con ello, tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el Señor sin haberla estudiado ni sabido, ni aprendido de maestros, que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan."

Esta malquerencia de Vetancurt es tanto más inexplicable, cuanto que él se sirvió de casi todas las noticias importantes sembradas en la Monarquía Indiana para componer en gran parte su "Teatro Mexicano," siendo no pocos pasajes de esta obra, una verdadera copia ó traslado de pasajes de aquélla. Y con todo, se atreve á notar de plagiarlo á Torquemada, por haberse aprovechado, para la formación de su libro, de los escritos de autores que le precedieron en el desempeño del mismo asunto; siendo así que, tomado en tal sentido la palabra plagiarlo, casi no queda historiador que no lo sea, como observa muy bien el señor García Icazbalceta. Mas la posteridad ha tomado á su cargo la venganza de este agravio á todas luces inmerecido, y dejando á cada uno de nuestros dos historiadores en

el buen lugar que les corresponde, ha inclinado, sin embargo, la balanza de la justicia del lado de Torquemada, y aun no ha faltado autor (Clavijero) que ponga sobre el libro de Vetancurt la misma tacha con que él pretendió afeár el de aquél escritor.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el mal causado por el autor del "Menologio," es acaso irreparable: pudiendo, á no dudarlo, haber derramado abundante luz sobre la vida de Fr. Juan de Torquemada, nos ha dejado en tinieblas, y fuera de las escasas noticias antes dadas, todo lo que sabemos acerca de este buen religioso, es que fué natural de España; que vino niño á México, y tomó el hábito de San Francisco en el convento grande, hacia fines del siglo décimo-sexto; que se dedicó con ardor á recoger todas las tradiciones que pudieran suministrarle material para su preciosa obra; que trabajaba en ella sin desatender las obligaciones de su estado, y que murió siendo guardián del expresado convento. El señor Ramírez, en sus noticias concernientes á Motolinía, fundado en algunos monumentos que consultó, fija el nacimiento de nuestro Torquemada por los años de 1563 ó 1565; su ingreso á la religión franciscana en el mes de Febrero de 1583, y su muerte en el año de 1624,

de donde podemos inferir que alcanzó una edad de cincuenta y nueve ó sesenta y un años.

No obstante esta pobreza de noticias tocantes á la persona del fraile insigne, debemos consolarnos con la idea de que vive en sus obras, vive inmortal en sus escritos, y especialmente en su famosa historia mexicana. En ella es preciso estudiar el objeto del cuadro y al artista que con tanto primor y valentía manejaba el pincel. Todo seduce en esta producción, el asunto y el modo de tratarlo, la materia y la forma; todo en ella da una idea favorable del escritor, y, ¡cosa rara! interesa hasta por lo que á primera vista podría parecer más insignificante, la dedicatoria.

Esta pieza sorprende de la manera más agradable. Cuando las de su género, que se escribían en aquella centuria, dan grima de puro insulas y rastreras; cuando en la mayor parte ofende, molesta, da vergüenza hallar entretejida la torpe adulación con la más ridícula pedantería, asombra ver en la de Torquemada el sello de una alma noble, la revelación de un carácter independiente, digno y superior á las miserias de su siglo. Cuando hasta los poderosos buscaban á un magnate por mecenas, el humilde fraile no solicitaba para su libro más amparo que el de Dios.

Todos los que escriben libros (dice, hablando con la Divinidad) buscan modos como más honrarlos y ampararlos de los que los calumnian; y unos los dedican a reyes y monarcas poderosos, pareciéndoles que en ellos está su defensa, y otros, á personas de las cuales se reconocen obligados, y en orden, ó de lisonjearlas creyendo que en esto les dan gusto, ó de obligarlas á mayor gratitud y agradecimiento, les desentrañan las vidas y hacen largos procesos en contar las de sus pasados, hasta llegar al tronco y cepa donde comenzó su nobleza; pero al fin dan en laja, pues llegan á término donde se acaban las caballerías, y en el mismo se comienza á descubrir la hilaza de la masa de Adán, donde toda nobleza é hidalguía quedó por el suelo, abatida, y el sambenito de la culpa primera puesto á los pechos, que aunque más se quiera cubrir con hábitos de San Juan, de Calatrava, Alcántara y Santiago, no es posible, por cuanto él campea sobre todos. Y poniéndome á considerar todas estas cosas, hallo por muy cierto, que todas tienen fin, y que no consiguen lo que pretenden los que les dedican sus obras; pues en muriendo el amparador, muere con él también la protección y amparo que les hacía; y no sabemos de ninguno que haya dejado en cláusula de testamento, ni en

vínculo de mayorazgo, á sus sucesores y descendientes, que tomen á su cuidado los libros que en su nombre se imprimieron.”

¿Puede apetecerse más dignidad, más elevación de ideas, más delicadeza de sentimientos, y al mismo tiempo una sátira más fina? Esa elevación se ve también patente en el juicio que de la historia en general tenía formado, el cual no dudaría prohiar un filósofo griego ó romano. “Es la historia (dice) un beneficio inmortal que se comunica á muchos: ¿qué depósito hay más cierto y más enriquecido, que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas, y testimonio y argumento de las porvenir: ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta á la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres, y una recompensa de la brevedad de esta vida.”

Otra de las prendas que resaltan en nuestro autor, es el entrañable cariño que profesaba á los naturales del país; y así es que, enumerando las razones que le

movieron á poner mano en su historia, “otra fué—nos valdremos de sus propias palabras—ser yo tan aficionado á esta pobre gente indiana, y querer excusarlos, ya que no totalmente, en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos, y sacar á luz todas las cosas con que se conservaron en sus Repúblicas gentílicas, que los excusa del título bestial que nuestros españoles les habían dado.”

Como éste, hay innumerables pasajes en su obra, que respiran el mismo afecto, siendo de notarse muy especialmente aquéllos en que se muestra complacido de la conducta de Las Casas, por el celo y perseverancia con que abogaba por la causa de los indios.

En conclusión, la Monarquía Indiana es uno de aquellos libros que debían andar en manos de todos nuestros patriotas. Tiene sus pasajes áridos, á veces aun molestos, por hallarse cargados de una erudición pesada; pero estos lunares, que son los de casi todas las producciones literarias de su época, no hacen desmayar al lector, y una vez comenzada la lectura, no se deja fácilmente, sino hasta haber apurado el deleite con que brinda. Buen estilo, locución propia y generalmente esmerada, imágenes de brillante colorido, apreciaciones exactas, jui-

cios filosóficos, sesudos, nobleza de miras, y sobre todo, gran copia de hechos y suma fidelidad en referirlos, hé aquí las cualidades que aseguran á la obra de Torquemada la afición y estima de la posteridad, y por las cuales se ha granjeado el autor el renombre de Tito Livio mexicano. Vivirán uno y otra, mientras haya un lugar donde se hable la lengua de Mariana y de Cervantes, y mientras interesé á la humanidad la suerte feliz ó desgraciada de los hijos de Anáhuac.

VI.

El Colegio de San Buenaventura.

Desde el año de 1537, en que tuvo principio en Tlaltelolco el primer plantel literario, hasta el de 1564, en que terminó el gobierno del virrey Don Luis de Velasco, inmediato sucesor, como se ha dicho, de Don Antonio de Mendoza, la juventud mexicana bebió las generosas aguas de la ciencia, dando muestras de lo que era y de lo mucho que podía ser.

Mas con la muerte del segundo de esos bienhechores, faltó la mano que la sostenía en la carrera de su perfeccionamiento: dejó de existir el colegio imperial de

Santa Cruz, y dejó de existir, porque los gobernantes que después vinieron, no estaban animados de los sentimientos que abrigaron sus antecesores para con la raza subyugada; y en vez de procurar instruir-la, sólo trataron de embrutecerla, privándola del beneficio de las luces, para adormecerla en la esclavitud.

Tenían razón los tiranos. Cuanto más degradados, cuanto más envilecidos esfuiesen los indios, eran menos capaces de sublevarse contra sus opresores, eran más gobernables, tolerarían con más docilidad los tributos y los trabajos á fuerza: por eso, en lugar de poner en sus manos la antorcha de la civilización, amontonaban nubes sobre su inteligencia; el hombre que nada conoce, nada apetece, á nada aspira, abdica su dignidad de sér inteligente y se convierte en máquina; y esto era precisamente lo que formaba el núcleo de la política que con nuestros compatriotas empleaban aquellos bajás: tener supeditados brutos y no racionales; en vez de súbditos, instrumentos.

Y es forzoso convenir, que en gran parte alcanzaron esa triste gloria; pero también debemos confesar que los primeros virreyes mostraron tendencias más nobles, más humanas, y dignas ciertamente de una administración sabia y generosa. Y lo que en este punto llama la atención

es, que su ejemplo no haya producido en los que les sucedieron, los frutos que eran de esperarse. ¡Qué, la idea de un pueblo oprimido, de un pueblo que desfallece bajo el peso del yugo, no los perseguía como un remordimiento eterno en sus horas de arbitrariedad y durante sus ensueños de codicia! ¡no los hacía sonrojarse de una conducta tan ruin y anticaballerosa, cuando había tantos pechos virtuosos que la censuraban abiertamente, cuando había un Obispo de Chiapas que protestaba contra ella con toda la energía de la conciencia indignada!

El hecho es que á principios del siglo décimo-séptimo, y aun á fines del anterior, ya se notaba en los indios ese estado de postración intelectual que llegó después hasta la más crasa ignorancia, y en muchos hasta la barbarie. Descuidóse enteramente su instrucción por parte del gobierno y por la de los frailes, pues que ya en éstos empezaba á decaer el fervor primitivo. Hubo más: conceptuándolos indignos de civilizarse, todo el empeño que antes se puso en doctrinarlos en las ciencias y en las artes, se convirtió en favor de la juventud española, pareciendo, según indica Torquemada, que los gobernantes tenían por mal empleado el bien que se hacía á nuestros naturales, y por

tiempo perdido el que con ellos se gastaba.

El edificio del colegio de Santa Cruz, ampliado con aulas y esmeradamente cuidado por el P. Sahagun y por el religioso que acabamos de nombrar, permaneció en pie muchos años, y todavía en el de 1605, se le mostraba como uno de los primeros monumentos de la civilización española que mejor hicieran rostro á las injurias del tiempo. Pero los colegiales habían desaparecido, con el favor y protección que al principio se les otorgara, y el establecimiento estaba reducido á una escuela de educación primaria para niños tlaltelolcas y de los barrios inmediatos, donde los religiosos los enseñaban á leer y escribir, juntamente con la doctrina cristiana.

Transcurrió medio siglo, y ya ni esta fantasma del colegio existía: la absoluta falta de rentas, la incuria, las inundaciones, todo conspiró á su ruina, y pocos años después, una casa de estudios tan famosa, se veía convertida en un montón de escombros.

Hacia este tiempo, vino de comisario general de San Francisco, el P. Fr. Juan de la Torre, que era hijo de esta provincia, y fué después obispo de Nicaragua. Advirtió el estado deplorable en que se encontraba un edificio tan estimado en

otro tiempo, y tan digno de celebridad eterna; pero en vez de poner mano en su reedificación, haciendo que, como el fénix, renaciera de sus cenizas, se conformó con erigir otro colegio, más bien convento, cerca del sitio que ocupaba el antiguo, y es el que hasta nuestros días ha subsistido, con el título de San Buenaventura. Componíase de un claustro espacioso con treinta celdas, un refectorio capaz de contener cien frailes, sala "de profundis," cárcel general con asientos altos y bajos, aulas, biblioteca y otras oficinas destinadas á la comodidad de maestros y discípulos. Montó el costo de la fábrica á unos cincuenta mil pesos, y es presumible que los hijos de Tlaltelolco hayan contribuído á la ejecución de la misma, con su trabajo personal.

Demás de esto, el futuro obispo buscó un bienhechor que sustentase con sus limosnas á los estudiantes. Prestóse á desempeñar este papel honroso, el señor Don Pedro de Soto López, síndico general de las provincias, y alguacil mayor del Santo Oficio, imponiendo á censo en varias fincas, cincuenta y ocho mil pesos, para que de los réditos se mantuviesen dos lectores de teología escolástica, uno de moral, y un maestro de estudiantes, de los cuales ocho habían de ser de la pro-

vincia del Santo Evangelio, y ocho de las de Zacatecas, Guadalajara y la Florida.

Y aunque en recompensa de este beneficio, le fué concedido á Don Pedro de Soto López el patronato del nuevo colegio, viéndose después sin herederos, lo cedió á esta provincia en 15 de Marzo de 1661, la cual coronó la obra del fundador y del patrono, sosteniendo, reparando y aun hermoheando el establecimiento.

---

VII.

**Restablecimiento y extinción final del colegio.**

Pero, como acaba de verse, el colegio de San Buenaventura no era el seminario primitivo; y lejos de conformarse con el instituto de éste, los estudiantes que en él eran educados no pertenecían á la juventud indígena: tampoco eran seglares, sino individuos de la orden franciscana, que salidos del noviciado, entraban en la carrera de los estudios, con objeto de adquirir los conocimientos indispensables para ejercer debidamente el ministerio santo á que estaban llamados.

Todo lo que entonces se hizo en favor de nuestros indios, fué construir, en el

lugar que ocupaba su colegio, dos grandes salas, donde se les volvió á enseñar á leer y escribir, cuya obra, que costó tres mil seiscientos pesos, fué debida al P. Fr. Domingo de Noriega; y para ver positivamente restablecido el seminario de Santa Cruz, es menester trasladarse á la centuria siguiente.

En efecto, con motivo de la visita que en 1728 hizo al convento de Santiago, el oidor y juez de colegios reales, Don Juan Olivar Rebolledo, tomó informes acerca del establecimiento primitivo; y reconocidos sus bienes existentes, derechos y acciones, y en atención á su venerable antigüedad y á los hombres insignes que había producido, de los que ya hemos hecho mención poco antes, dió providencias para su reparo y nueva erección, en Junio del citado año.

Hízose así con todo empeño, y en 19 de Noviembre del mismo, se abrió el colegio con un acto dedicado al Ilmo. señor obispo de Honduras, á que concurrieron los nuevos colegiales, vestidos de manto azul y becas blancas, en el lado izquierdo de las cuales, sobre la encomienda de Santiago, se les colocó una corona imperial en memoria de Carlos V, á quien se dió el honor de la primera fundación; siendo de extrañarse que en las gacetas de ese tiempo no se haga ni siquiera mención de

Don Antonio de Mendoza, por cuyas órdenes y con cuyos bienes se erigió el primitivo seminario, según hemos dicho.

“Los colegiales que se mantenían en el colegio, según la gaceta de Diciembre del propio año, eran once, con el residuo de las rentas antiguas y con limosnas del padre comisario general de la orden de N. P. S. Francisco, que se le aplicaron al colegio. Con tan escasos haberes, no es difícil de concebir la falta de formalidad del resucitado colegio de Santa Cruz. Los padres franciscanos tenían grandes simpatías por el establecimiento, y de hecho hicieron muchos y repetidos esfuerzos para sacarlo del abatimiento y miseria en que yacía, particularmente en 1785, en que redoblaron sus instancias; pero todo fué en vano: las inundaciones, las pestes, que despoblaron la parte Norte y Nordeste de la ciudad, la falta de agua potable, la injuria de los tiempos, la falta creciente de recursos, y acaso las mismas causas que indicaba, como hemos visto, el repetido Torquemada, produjeron el abandono y total ruina del Colegio. Ya en 1811, época en que el señor Beristáin escribía, no existía, como él mismo lo asienta, y al presente aún preguntamos dónde estaba el colegio imperial de Santa Cruz, que para muchos de nuestros lectores es desconocido hasta su nombre.”

Respecto de esta última noticia, que acabamos de trasuntar de un artículo del señor Berganzo, publicado en el Diccionario de Historia y Geografía, hay que hacer dos advertencias.

Tan cierto es que los franciscanos se interesaron en el restablecimiento y subsistencia del colegio de Santa Cruz, que el R. P. Fr. Fernando Alonso González, coadyuvando á los deseos de Don Juan Olivar Rebolledo, costeó la biblioteca del mismo colegio, contribuyó para los gastos de la conducción del agua al barrio de Tlaltelolco, y pagó el vestido de siete colegiales caciques. Nació este religioso en Medina del Campo; tomó el hábito el año de 1689, y en el de 1700 pasó de misionero á la provincia de Michoacán, en donde permaneció algunos años. Vino después á México, y en el de 1734, á 28 de Diciembre, murió en el convento de Santa María la Redonda.

Debemos también advertir que no es tan difícil determinar la situación del colegio de Santa Cruz, si se tiene en cuenta que desde el principio estuvo anexo al convento de Santiago Tlaltelolco, y que, según nos informan los cronistas, la puerta principal de aquel edificio daba al patio del segundo. Esto supuesto, y admitiendo que el convento de San Buenaventura no sea más que el antiguo, reedificado; si se

nos preguntara dónde estaba el colegio de que vamos tratando, ni titubearíamos en responder, y con algún fundamento, que se asentaba en la superficie que cae al Oeste del sobredicho convento.

En el día, esa superficie forma parte de otra mayor, cercada por una gran tapia que se extiende en cuadro, abrazando por el Sur la huerta, el presidio militar, la casa de asilo para mendigos, y por el Oeste algunos patios, ó más bien, solares abandonados.

La parte principal del convento está destinada al presidio civil. Forman lo restante, la sacristía, en el piso bajo, y en el alto, todo el claustro, las celdas, el antecoro y la antigua cátedra de filosofía, donde hace poco tiempo se enseñaban las primeras letras á los niños del barrio. A la entrada de esa cátedra se ven dos cuadros en la pared, uno en cada lado, representando el de la derecha al P. Fr. Fernando González, y el de la izquierda al R. P. fundador del colegio de San Buenaventura. Ambos retratos son de buen pincel, y al pie del segundo se lee esta inscripción:

“El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Fr. Juan  
“ de la Torre, hijo de esta provin-  
“ cia del Santo Evangelio, P. de la  
“ Santa provincia de Búrgos, predi-

“ cador apostólico, comisario gene-  
“ ral de todas las provincias de esta  
“ Nueva-España, y obispo de Nica-  
“ ragua, á cuya solicitud y cuidado  
“ se hizo la fábrica de este colegio  
“ de San Buenaventura Tlaltelolco,  
“ 1661.”

La sacristía conserva un tesoro que no se sabe cómo ha podido salvarse entre las vicisitudes del establecimiento: queremos hablar de un mueble precioso, de la cátedra que estaba en el general. Su forma es parecida á la de todas las de su tiempo, entre ellas, la del colegio de San Ildefonso. Es de nogal, y en su hechura puede admirarse una obra maestra de ebanistería.

Además del colegio de San Buenaventura, parece haber existido, hacia fines del siglo pasado, una casa pequeña situada al Sur de ese edificio, y destinada á hospicio de los religiosos que venían de Nuevo-México. Resto de esa casa es el patio que se ve actualmente entre la huerta y el referido colegio, en cuyo centro hay una fuentecita octágona, cubierta de azulejos, que no carece de gracia. Junto á la pared que divide el patio de la huerta está otra fuente, encima de la cual y escrita en la misma pared, se lee esta noticia:

“Se acabó este hospicio de la Santa Custodia de la Nueva-México, á 31 días del mes de Julio, de orden de N. M. R. P, comisario general de todas las provincias de este reino, Fr. Pedro Navarrete, y procurador... de la dicha Custodia, el P. Fr. Juan Miguel Menchero, año de 1776.”

Lo que hoy se llama la huerta, no es más que una pequeña parte de la que, según tradición tenía el colegio de Santa Cruz, y ocupaba toda ó casi toda la área donde se levantan actualmente el presidio militar y la casa de asilo para mendigos. No obstante, reducida como está, es todavía de una extensión considerable, y no parece hallarse mal atendida por las personas que cuidan del edificio. Vénse en ella plantados, varios olivos y algunos otros árboles de vistoso follaje, sobresaliendo entre todos un fresno secular, de estatura gigantesca, á cuya sombra se imagina el observador ver en pie las venerables figuras de Sahagun y Torquemada.

VIII

El Santo Cristo del Milagro.

Pero ya es tiempo de que entremos á la iglesia.

Su forma es la de una cruz latina, como la de casi todos nuestros templos, y se respira cierto bienestar bajo de esa nave tan bella y espaciosa.

Desde luego llama la atención el coro, por tres pinturas á la aguada, que representan pasajes de la vida del beato Sebastián de Aparicio: son de figura oval y de gran tamaño. Había otras de las mismas dimensiones en el convento de San Francisco, y por tradición se sabe que todas fueron traídas de Roma, donde sirvieron para adornar la Basílica de San Pedro el día de la beatificación del virtuoso lego.

El retablo mayor, de una arquitectura al gusto del siglo décimo-sexto, fué también obra del insigne Torquemada, como hemos indicado, y costó, según dice, veintín mil pesos, y aun más, si se tiene en cuenta que los oficiales trabajaron en él de balde. Ostenta cuadros en que lució el pincel del célebre Baltasar de Echave ó Chávez, único en su arte, como entonces se le llamaba.

Este retablo, así como los que adornan las dos pilastras laterales, fueron dorados de nuevo á mediados del siglo décimo-octavo, según consta de la noticia escrita al lado de la portentosa imagen de un San Cristóbal colosal que está pintado en la pared, hacia la puerta que da al Norte. Hé aquí esa noticia:

“A expensas solicitadas y aplicadas por N. M. R. P. Fr Manuel de Nájera, siendo comisario general de esta Nueva-España, se retocó esta imagen; se revocó y blanqueó toda esta iglesia, por dentro y fuera, y se doraron de nuevo el retablo mayor y los dos laterales de sus pilastras, año de 1763.”

Además de esos retablos, posee otros la iglesia, en uno de los cuales se veneraba un Crucifijo, por el que en vano hemos preguntado en nuestros días, pero que alcanzó gran celebridad en otro tiempo.

El motivo de esa celebridad se justifica, pues fué nada menos que un milagro, y un milagro estupendo.

Es de saberse que allá por los reinados de Felipe III ó Felipe IV, en cierto día salió de casa un indio, dando voces:—¡el Señor está sudando, el Señor está sudan-

do! vengan á verlo, vengan á verlo! decía entre gozoso y espantado.

Acudieron los vecinos en tropel, y la modesta habitación del indio se vió en pocos instantes invadida por una muchedumbre, ávida de contemplar la maravilla. En la pieza de esta habitación, destinada á oratorio, que los naturales llaman "santo calli," sobre un altar engalanado con flores, se hallaba una estatua gigantesca de Jesús, un corpulento Crucifijo, como le llama Cabrera; y en efecto, algunas gotas como de sudor, se dejaban percibir en varias partes de la efigie.

Uno de los españoles, que al olor de la novedad se había mezclado entre los espectadores, después de observar atentamente el prodigio, dijo en voz baja á uno de aquéllos:

—¡Vaya un clima éste, donde hasta los santos sudan el quilo!

—¡Calla! respondió el otro; si es que el Crucifijo acaba, sin duda, de salir del "temaxcalli!"

Por fortuna de estos pillastres, "esprits forts" de su época, y acaso descendientes de portugués ó de judío, no acertó á encontrarse oculto entre la turba algún auxiliar del Santo Oficio.

Los demás concurrentes creyeron á pie juntillas que milagrosamente sudaba el Crucifijo, y los más devotos, que eran

unos españoles mocetones y robustos, determinaron, sin consultar el parecer del dueño, cargar con la estatua y trasladarla procesionalmente á la iglesia de Santa Catarina Mártir. Opónense los indios; insisten aquéllos en su determinación, indicando la necesidad de que á la imagen se dé el debido culto; no se persuaden los otros, y amenazan á los ladrones con un severo castigo; búrlanse éstos de la amenaza, y aquí de Dios!

Divídense en dos bandos los circunstantes, y arremeten unos contra otros, con ardor diabólico. Al principio todo fué confusión y vocería; llovían palos y puñadas; caían los combatientes y se levantaban con mayor brío; se estremecía la pieza; volaban los muebles, como armas arrojadas, y, sin embargo, la victoria quedaba indecisa.

Triunfan los españoles, al cabo de una hora de combate: sálense á la calle formando un grupo por encima del cual se alzaba el disputado Crucifijo; pero este paso fué su perdición. Corren tras ellos los indios, armados de palos y piedras; dispónense los españoles á una nueva pelea, apiñándose en derredor de la efigie, como un batallón que defiende su bandera; pero una granizada de piedras, lanzada por sus contrarios, los obliga á dejar

caer la presa, y á poner pies en polvorosa.

Quedó el campo por los indios.

Mas, ¡cuál fué su asombro, cuando, al levantar el Crucifijo, advirtieron que tenía en la garganta del pie derecho una herida que sangraba!

Esta herida fué causada por el golpe de una piedra inicua.

Arrepentidos los vencedores, de su mal proceder, aplicaron una venda á la herida, y condujeron devotamente el Crucifijo á la iglesia de Santiago, donde procuraron desagraviarle, de cuantos modos les fué dable; y colocado en un altar suntuoso, empezó á ser conocido desde entonces con el nombre de "El Santo Cristo del Milagro."

Pero á este milagro sucedió otro no menos insigne. Había enfrente del altar, donde fué puesto el Crucifijo, una estatua de San Antonio de Padua, en ademán de ver al niño Jesús, que sostenía en la mano izquierda; mas apenas observa colocado en su altar el Santo Cristo, cuando, alzando los ojos hácia él, queda en esta actitud para siempre, con admiración de los arrepentidos tlaltelolcas.

## IX.

### Una ojeada á la Historia Antigua.

Viniendo ahora á lo exterior de la iglesia, no se puede prescindir de mirar y examinar las puertas, que son de una hechura laboriosa y agradable. La fachada principal del edificio, que da al Poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto. El cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilastras dóricas, dos á cada lado de la puerta, las cuales dejan ver en los intercolumnios un nicho con su estatua correspondiente; apóyase el del segundo en otras tantas pilastras jónicas, y el del tercero, en igual número de pilastras de orden corintio. Se vé, por lo mismo, que el arquitecto siguió en la obra, y por lo que hace á la especie de pilastras, la gradación que pide la naturaleza, colocando arriba las más ligeras, respectivamente á las de abajo. Lo que si no puede perdonársele, es que haya puesto por remate del tercer cuerpo un fróntis semicircular, siendo todos los de esta figura un aborto del arte, ya degenerado. Esta falta se evitó en la portada que corresponde á la entrada lateral de la iglesia, cuyo fróntis, de forma triangular, os-

tenta encima un águila, con las alas extendidas.

El aspecto de todo el edificio es severo é imponente; y según lo reforzado de los muros, señaladamente de los que forman la parte inferior de las torres, no parece sino que el P. Torquemada intentó construir un edificio perdurable.

Observado desde el cementerio, y á unos cien pasos de distancia al Norte, se presenta en majestuoso aislamiento, sin más compañía que la de un árbol del Perú, que por su postura especial, con el tronco inclinado y las ramas colgantes, parece como agobiado bajo el peso de los siglos.

A la sombra de este árbol, quizá contemporáneo de la primera iglesia, y el único de los que en otro tiempo alegraban el cementerio, hemos contemplado la puésta del sol en una tarde de primavera.

Un enjambre de abejas que poblaba el follaje libando la miel de las flores, y platicando armoniosamente, comunicaba al ánimo una melancolía apacible, haciéndonos recordar el sauce y el "levi susurro" de Virgilio.

Por otra parte, la soledad, el cielo limpio de toda nube, y el astro del día, mudo testigo de las dichas y miserias de tantas generaciones, invitaban á recorrer con

el pensamiento los sucesos de que habian sido teatro aquellos sitios, y á remontarse hasta las risueñas fábulas que presiden al establecimiento de los tlaltelolcas.

Cuando los aztecas venían peregrinando en busca de las encantadas regiones donde, según su oráculo, debían fijar su imperio, llegaron á un lugar llamado Coahuatlícamac, en que permanecieron tres años.

Estando juntos un día en el campamento que tenían formado, aparecieron dos "quimillis" ó envoltorios, en medio de ellos, y movidos de la curiosidad, se dieron prisa en desatar uno, para saber lo que contenía.

No fué vana su diligencia: el quimilli atesoraba en lo más interior, una piedra preciosa, á manera de esmeralda; pero excitada la codicia de todos, cada cual la quiso para sí ó su familia, y en último caso, para toda su parentela. Resultó de aquí, que se formasen dos bandos, que por disputarse el hallazgo, se vieron á pique de venir á las manos.

En tal conflicto acudió á poner paz Huitziton, que hasta allí los había ido acaudillando, y dirigiéndoles la palabra, les echó en cara su poca cordura en contender por la alhaja descubierta en el envoltorio, sin averiguar siquiera lo que el

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERS.  
U. A. N. L.

01

cez

otro contenía, que por ventura podía ser algo más precioso.

Convencidos de la fuerza de una observación tan juiciosa, dieron treguas á la disputa, y quedándose los de un bando con la piedra, se pusieron los del otro á desatar el envoltorio hasta entonces intacto. Concluída la operación, hallaron sólo dos palos.

No conformes con este resultado, iban de nuevo á emprender la contienda con los poseedores de la piedra; pero Huitziton, que estimaba en más el segundo hallazgo, y que á toda costa quería mantener unidos á los miembros de aquella gran familia, se presentó á calmarlos, indicándoles que mayor tesoro eran los palos que poseían, pues que dotados de una virtud inestimable, les servirían de mucho en el discurso de su peregrinación.

Preguntado cuál era la virtud que tanto ponderaba, tomó los dos palos, y restregándolos uno contra otro, sacó fuego de ellos.

Comprendieron, á vista de este fenómeno, que hasta entonces había sido para todos un secreto, que su caudillo tenía razón; pero, como es fácil preverlo, renació la disputa, quizá con más ardor, que al principio, á causa de los palos, y aunque el prudente Huitziton logró que no tomara cuerpo, quedaron indispuestos los

ánimos, y los de un bando permanecieron enemistados con los del otro, para siempre.

Hé aquí el origen de la división de la gente azteca en dos tribus ó parcialidades, y de las disensiones que después turbaron la armonía de su sociedad. Reputábanse nobles los que se apropiaron la esmeralda, y los dueños de los palos, plebeyos.

Pasaron los años, y cuando ya unos y otros habían llegado al valle de Anáhuac, término de su viaje; establecidos ya en la isleta situada en medio de la laguna, aunque harto mal acomodados por lo mezquino del terreno, un día en que la tribu de los nobles se mostraba altamente disgustada de esa estrechez, sucedió que varios sujetos pertenecientes á ella vieron levantarse hacia el Norte, y de entre los carrizos y espadañas, una columna de polvo á manera de remolino, que se perdía en el cielo.

Asombrados del caso, pues que ciertamente no podía producirse polvo donde no habían visto más que agua, enderezaron los pasos hacia el lugar en que se verificaba: llegan, mas ¡cuál es su admiración al ver una isleta formada de un terreno arenisco y que parecía estar convidando pobladores! Hallan, además, en

la parte más elevada, una flecha, una culebra enroscada, y una rodela ó "chimalli."

Persuadidos de que la presencia de estos objetos era una insinuación divina, volviéronse á participar á la tribu de los suyos todo lo ocurrido, resultando de aquí que se separase de la de los plebeyos para establecerse definitivamente en el lugar nuevamente descubierto. Era éste elevado hacia el centro, de donde disminuía en altura gradualmente, hasta la orilla, por lo que, y atendiendo á la materia de que se componía, le llamaron "Xaltelolco," ó sea "montón de arena."

Una vez fabricadas las primeras casas, para agrandar el terreno, empezaron los nuevos pobladores á formar al rededor chinampas, que con el tiempo se fueron asentando; y aumentando el número de ellas sobremanera, llegaron á componer mediante este arbitrio, una gran superficie, que desde esa época adquirió el nombre de Tlaltelolco, el cual significa, según los historiadores, "montón de tierra artificial, ó hecho á mano." De aquí también les vino á los habitantes de ese lugar el nombre de Tlaltelolcas, así como por otra razón el de tenochcas ó mexicas, y hoy mexicanos, á los de la isla situada al Sur, llamada Tenochtitlán.

Separados unos de otros, los tlaltelol-

cas se constituyeron en nación independiente, y deliberaron entre sí acerca del gobierno que les convenía. Escogida la forma monárquica, pidieron rey al señor de Atzacapotzalco, de quien eran tributarios, el cual les dió á Quaquahpitzahuac, su hijo segundo, que los gobernó por muchos años, hermoheando la ciudad con buenos edificios, huertas y jardines, y extendiendo sus dominios por medio de las conquistas que hizo, de varios pueblos comarcanos, entre otros, los de Coacalco, Xaltocan y Tenayocan, hoy Tenayuca.

Muerto este rey, entró en su lugar Tlacatécatl ó Tlacatéutl, que siguió la política de su antecesor, y conquistó los pueblos de Coyohuacan y Aculhuacan.

El tercer rey de Tlaltelolco fué Quauhtlatohuáztin, que aspirando á hacerse dueño de México, murió en la guerra que se suscitó por este motivo entre sus vasallos y los hijos de aquella ciudad.

El cuarto señor que gobernó á los tlaltelolcas fué Moquihuix, de funesta memoria. Era hombre de perversas inclinaciones. Casó con la hermana de Axayácatl, rey de México, y observó con ella una conducta tan cruel y villana, que puso á su cuñado en la necesidad de reprenderle con acrimonia, y al fin, de hacerle la guerra, en que pereció el primero. Peleaban en ella con terrible furia, mexica-

nos y tlaltelolcas, mientras el monarca de los últimos los contemplaba desde lo alto del templo: indignados éstos, le afeaban su cobardía, dándole voces para que bajase á participar de los peligros de la batalla; pero sordo á su llamamiento, se mantuvo en la posición que había elegido, hasta que, perdida toda esperanza de victoria, se dejó caer, ó le precipitaron, según otros afirman, muriendo de resultas del golpe. Con la muerte de este mal soberano, acabó el señorío de Tlaltelolco, y la ciudad pasó desde entonces á ser un barrio de Tenochtitlán, en cuya categoría se conservó hasta la conquista del país por los españoles.

Los hijos de este barrio eran más valientes y tenaces en la pelea, que sus vecinos, como lo acreditaron durante el sitio que puso á México Hernán Cortés: ganada esta ciudad en tres días, refugiáronse los tenochcas á Tlaltelolco, donde todos juntos resistieron todavía al invasor, por más de noventa días, hasta que acosados del hambre y la peste, hubieron de rendirse.

Después de la conquista recobraron los hijos de Tlaltelolco una sombra de su pasado señorío. El gobierno español conservó hasta cierto punto la independencia de las dos antiguas parcialidades, dando á cada una su gobernador, escogido

de entre los caciques ó principales, y éstos funcionarios se sucedieron sin interrupción hasta la consumación de nuestra independencia. El primer gobernador de Tlaltelolco fué Don Pedro Temile, que auxilió á los castellanos en las conquistas de Guatemala y Honduras, y el último, Don Francisco Soria, de quien hay todavía parientes en el barrio.

Sin embargo de la unión de las dos tribus bajo una misma soberanía, y del concierto de las voluntades para rechazar al invasor extranjero, así antes como después de la conquista, insistieron en su anterior enemistad, que se perpetuó de padres á hijos, como una triste herencia; y hasta hoy, se conserva memoria de los terribles encuentros que tenían á veces los vecinos de Tlaltelolco con los de Santa María la Redonda, por un puente situado en este último barrio, conocido todavía con el nombre de "Puente de las Guerras."

Por tradición se sabe, que el sitio que al presente ocupan la iglesia de Santiago, el Técpán y la Alameda ó proyecto de Alameda que se vé en la plaza, era el mismo donde se establecieron primitivamente los nobles propietarios de la *esmeralda*, y que fué agrandado después, merced á sus afanes.

En él estuvo el célebre mercado, ó gran

plaza, rodeada de portales, según la describen los historiadores, donde cada cinco días se juntaban comerciantes venidos de todos los pueblos del imperio, y aun de los países más lejanos, como Guatemala. En él estuvo, asimismo, el templo dedicado á Huitzilopochtli, no el mayor, que, como hemos dicho, se hallaba en Tenochtitlán, sino otro que fué incendiado durante el cerco que pusieron á la ciudad las huestes españolas.

Sobre el área donde se asentaba este teocalli, fueron levantadas las iglesias primitivas de Santiago, así como la que hoy está en pie, dedicada al mismo santo.

Ya se sabe lo bastante acerca de ellas. Como la más antigua del barrio, era parroquia, continuaron siéndolo también las posteriores, y todavía á mediados del siglo décimo octavo, hablando Cabrera sobre la última, hace mención del cura ministro y de los otros religiosos que en ella asistían. El cementerio actual es probablemente el mismo donde se congregaban para asistir á los divinos oficios, los primeros mexicanos, convertidos al cristianismo, entre los cuales se hallaría el célebre Juan Diego.

Tal fué el resultado de la correría que hicimos por el campo de la historia de Tlaltelolco durante los momentos que pasamos al pie del árbol consabido, mien-

trás el sol se abismaba detrás de las desiguales cimas de la cordillera.

Apareció después el crepúsculo, tinta melancólica, luz dudosa é ideal, que hermosea apaciblemente el semblante de la naturaleza. Las lomas del Tepeyácac nadaban en una atmósfera sonrosada, y el Popocatepetl apenas se dejaba entrever, cubierto por una cortina de nubes, como se oculta en el porvenir un gran pensamiento, velado por la ignorancia y preocupaciones de la edad presente.

Acercábase la noche, envolviendo los objetos con su manto de sombras y silencio, cuando un ruido sordo y no interrumpido nos hizo convertir los ojos hacia el Tecpan: pasaba la locomotora por el camino de hierro; ¡pasaba rápida, incansable, triunfante, ávida de espacio, como el espíritu de la civilización, como el genio del progreso!

¡Ah, si las sombras de Quauhtemoc y de Mendoza contemplaran este espectáculo! nos dijimos en un instante de delirio. Mas basta ya de interrogar á lo que fué, añadimos, mirando el rastro de vapor que en pos de sí dejaba la locomotora: la antigua México se pierde más y más cada día en el desierto de la eternidad, como esa nube efímera se va disipando en el espacio silencioso. Nuestra herencia es el

porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; más el porvenir es la esperanza de la nación; en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generación hacer esa conquista?...



## SANTA CLARA

### I.

#### La dedicación de la Iglesia.

En la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de México se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que excitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces "Plazuela del Marqués del Valle," por el palacio de Cortés, que la limitaba hacia el Poniente, era en especial digna de observarse, á causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguía el mismo palacio antes mencionado.